



MARCA REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.

LUIS ESTESO
...Y vamos tirando.

FELIX DE PABLOS
¡Se acordó!...

EMILIANO CASANOVA
El pudor de la mujer.

FERNANDO AMADO
La perfecta suicida.

ALEJANDRO LARRUBIERA
Sopitas y buen vino.

JOSE BRISSA
La doméstica.

DEMETRIO
y TONTOLÍN

Varios dibujos y retrato de
Conchita Novelti

CONCHITA NOVELTI

Que gusta siempre porque canta muy bien



5 cénts.

CELEBRACION VERMOUTH

Qué semanita de «entente» á todo pasto nos hemos chupado! Desde el lunes que arribaron los ediles parisinos, y empezaron las cordialidades y los banquetes, se han pasado los días en un soplo completamente cordial. ¡Cualquiera se va á «acordial» luego, sino lanzar hondos suspiros de este dulce intercambio de leguas!

También preparado los tenían, los infatigables encargados de arreglar la cosa, que á pesar de lo que nos la han movido, no hubo, ni el más insignificante rozamiento. Todo se ha deslizado como una seda entre abrazos efusivos y brindis apasionados, que es como debe deslizarse eso. La vaselina de la diplomacia se ha encargado de suavizar los ligeros obstáculos que se presentaron y el protocolo ha funcionado maravillosamente; lo que no podía hacer

el proto, lo arreglaba el colo, y tan ricamente. ¡Así da gustol

La visita ha tenido mucha más importancia de lo que á primera vista parecía, pues además de su carácter político, y en su día económico, ha servido para mutuas y provechosas enseñanzas. Nosotros se lo hemos enseñado todo en su propia desnudez, y ellos, han correspondido á tal confianza, dándonos lecciones de lo que nos mostrarán cuando vayamos á verlos, que también será al desnudo, según solemne ofrecimiento.

Una de las cosas que más les han llamado la atención á nuestros ilustres huéspedes ha sido la gran cantidad de chiquillos que hay en Madrid, unos en el período de lactancia y otros ya lacteados.

—En París (me decía un concejal, que está encargado del servicio de Limpiezas de aquella hermosa urbe) no hay niños: ¡nos los comemos! Es mucho más práctico, y, sobre todo, más económico...

—Y más alimenticio—hube de replicar yo al oír con qué tranquilidad exponía aquel antropófago municipal la teoría canibalésca. Y añadí asombrado: — ¡Pero las señoras protestarán!

—Las señoras se los beben —contestó tranquilamente mi disolvente interlocutor.

Este principio egoísta, del consejero de la Municipalidad de París, está muy generalizado en el país vecino, ó mejor dicho, en sus grandes centros de población; menos mal que á los sencillos aldeanos, de patriarcales costumbres, se encargan de abastecer el mercado infantil, haciéndolo todo de buena fe, que



El niño. — Es muy guapo el señor que nos visita ahora ¿me comprará bombones?

La mamá. — ¡Ay hijo de mi alma, cuando veas entrar en casa un señor muy guapo, soy yo la que compra los bombones!

si no se quedaban los franceses sin tener elementos para renovar la actual generación.

Menos mal que esos anarquizantes destructores de la Sociedad por el procedimiento más pacífico no han circulado mucho por la Villa y Corte, y por consiguiente, no tuvieron ocasión de exponerla. No les dejamos tiempo con tanto banquete y recepciones. Esto en cuanto á los acompañantes, que lo que toca al homenajeado monsieur Poincaré, muchísimo menos, porque nos lo han pasado á los madrileños como si fuese una cinta cinematográfica.

Las muchachas, y las que no son muchachas, han quedado totalmente chasqueadas porque esperaban, que ya que no podían ver al Presidente, les dejarían ver por lo menos á Pichón, que es su ministro de Estado, pero se han quedado sin Poincaré y sin el Pichón de Poincaré. Pero en fin; ya se han marchado nuestros huéspedes y volvemos á nuestra vida tranquila y sosegada. Vuelvan las chisteras á su caja y las levitas y los fraques á su lecho de alcanfor, y hasta otra «entente», salvo que no se cumplan los augurios de ciertos alarmistas que se empeñan en que se nos indigeste el pechugón franco-español, hablándonos de terribles complicaciones que se avecinan por si á los alemanes les ha disgustado ó no que nos hayamos puesto tiernos con sus irreconciliables enemigos, lo cual sería una cosa muy graciosa, porque ahora resulta que nos aman en secreto varias naciones, que se disputan nuestra potencia, cuando estamos en la creencia de que la teníamos muy limitada. Claro está que me refiero á la guerrera, porque de la otra, no hay duda de ningún género que la tenemos y muy grande, á Dios sean dadas gracias.

Y aquí del apuro. Si le dieran á uno á elegir entre una alianza francesa y una alemana ¿qué haría? Yo sin titubear me tiraba á la francesa, no sólo por aquello de que es vecina, sino porque están más dentro de nuestro temperamento y de nuestras costumbres, y porque por algo somos de la raza latina, mientras que á la alemana, ni Dios *la atina*. ¡Son tan hercúleas y tan varoniles!

Pero conste que esto sólo se refiere á la acción político-diplomática, porque para las demás acciones de la vida, tanto monta una madamita francesa, como una chica alemana con ó sin patatas á la inglesa. Por mí, nos podemos aliar, ó liar, ó lo que sea,

con todas, incluso con las del Garb, que deben ser la mar de garbosas.

¡Y pocas ganas que tengo yo de entrar en penetración pacífica con una hija del Garb!

¡Los garb-ancitos que iban á tener!

Un pequeño REPORTER

¡VAYA CON LA NIÑA!



—Querido lector; cada una se pone las ligas como le da la gana, yo me las pongo así.

...Y VAMOS TIRANDO

Decja Juan Alcober:

«Ya no vuelvo á padecer,
que todo me importa un pito,
pues cuanto más me *encabrito*,
más disfruta mi mujer».

Luis ESTESO

¡Se acordó!... — A ver, cuéntanos ese caso. Debe ser gracioso y no es cosa de desperdiciarlo.

Así decía Manolo Uriarte aquella tarde, dirigiéndose á Paquito, al sin par Paquito,



El amor.—¡Hombre, eso no es amor, eso es gana de fastidiar!

el niño grande como todos en el pueblo le llamaban.

—Pues allá voy... —y Paquito empezó su narración.

Estaban reunidos aquella tarde, triste y lluviosa del mes de Septiembre, presagio ya del otoño entrante, en una de las salas del Casino pueblerino, á que ellos le daban el pomposo nombre de Círculo. Cada uno de los contertulios había contado ya una

aventurilla amorosa en la que fuera el narrador protagonista principal, y al terminar el último, Paquito, mudo espectador del acto, había tomado la palabra para referir el suceso que sigue:

—Era por el mes de Septiembre del año pasado —decía él, y en la sala reinaba tal silencio, pendientes todos de sus palabras, que pudiera oírse el vuelo de una mosca—; era á principios del mes, yo me levantaba temprano, muy temprano — y recalcaba esta palabra — para estudiar Economía Política de la que muy pronto me tenía que examinar en la universidad de Valladolid. Estudiaba yo con ahinco, ansioso de conseguir un feliz resultado, como en años anteriores, dando así una alegría á mi padre y obteniendo también los cinco duros que mi hermana Luisa me había prometido. Estudiaba yo aquella mañana *amarrando* la ley de la oferta á la demanda, comíame materialmente el libro ansioso de empapar-me en la ciencia de Bastiat. De pronto, sentí una sed horrorosa, y lo grave no era eso, sino que en mi cuarto no tenía agua para beber y no me atrevía á salir porque aún era temprano y no había nadie levantado.

—La cosa es de las gravísimas, chico. Y ¿qué hicistes? —interrumpió uno de los contertulios

Paquito le miró con rabia, requirió el auxilio de Manolo, que volvió á imponer silencio, calló el *chungón* y con el de las risas de los demás y Paquito prosiguió:

—Yo seguía *empollando*, mirando á ratos el reloj en espera de que fueran las seis, hora en que se levantaban las criadas y podía salir sin que nadie me sintiera.

—¡Ah pillín! Querías yacer con alguna de ellas calaverón —dijo uno. —La frase cayó como una bomba, todos rieron estrepitosamente al oír tal chufia y Paquito encarnado al rojo cereza hizo ademán de levantarse. Sujetólo Manolo, todos callaron y el historiador de sí mismo siguió:

DESPUES DE COMER



—Si no le lavo el hociquito inmediatamente, se está relamiendo tres horas.

—Habían ya dado las seis en el reloj de la plaza, yo las oí perfectamente, pero á pesar de ello no sentía ruido ninguno en toda la casa; aquella mañana parecía que para atormentarme nadie quería dejar el lecho; por fin, al cabo de unos minutos, me pareció sentir ruido, y no pudiendo sufrir más aquella sed que me devoraba, arrojándolo todo decidí salir. Levantéme de la silla que al lado de la mesa estaba, abrí la puerta del cuarto y me lancé hacia la cocina por entre la semioscuridad de los pasillos, casi á tientas por no tropezar en los muebles.

Para llegar á la cocina, ya casi al final, tenía que pasar al lado de la puerta del cuarto de las criadas. El pasillo antes de llegar allí hace un recodo y desde mi cuarto no podía verse si estaba abierta aquella puerta; sin embargo, por la claridad que había presumí yo lo estaba y aquello me dió más ánimos, pues era señal evidente de que se habían levantado ya. Continué

mi marcha, llegué enfrente de la puerta, que estaba abierta, como yo presumía; al pasar miré y pasmaros, me encontré á la doncella de mi hermana que en camisa, sentada encima de su cama se ponía las medias, adoptando una postura que dejaba al descubierto sus secretos más recónditos.

—Te lanzarías sobre ella ¿no? —inquirió uno de los oyentes.

El no hizo caso y siguió narrando el episodio.

—Paré mi marcha, mirela de hito en hito, y mi sangre toda parecía haberseme helado.

—Sería al revés, querido. Por lo menos eso nos hubiera pasado á los demás —arguyó ahora Manolo Uriarte—. Paquito lo miró con desprecio y volvió á seguir la interrumpida narración.

—Al mirar, ella se sonrió, enseñándome sus dientecillos blancos de hembra rabio-

¡BUENA VISTA!



Lindarajito.—Tan buen ojo tengo, que si echo á andar hacia atrás, no tropiezo en ninguna parte.

¡POBRE ANIMAL!



—¡Mira, mira, Rosite; al burro de la trapera se le están saliendo las tripas!

sa en celo. Estuvimos así unos momentos yo no me atrevía ni á hablarla ni tampoco á moverme del sitio en que estaba. Por fin ella me habló.

—¿Te gusto así? —me dijo.

—Yo no la contesté, atravesé la distancia que había de la mitad del pasillo á la puerta del cuarto, pero al llegar allí, al ir á entrar...

—¿Qué pasó? —preguntaron todos á coro casi empujándose por oír mejor.

—Entonces en aquel momento, pensé friamente, me acordé de mi padre y casi corriendo me lancé hacia la cocina en busca del agua que calmase mi sed horrorosa.

Una carcajada general acogió este final impensado; durante unos momentos la rechifla fué general. Levantóse Paquito de la silla en que estaba sentado y marchó de aquel sitio, mientras allá en su mente iba pensando que había momentos en la vida en que no debe uno acordarse de ningún miembro de la familia.

Félix de PABLOS

El pudor de la mujer

En un hotel.—Julia, en la intimidad de su aposento, desnuda su cuerpo. Sus encantos se asoman á la luz, que con lujuria los besa.

La puerta, que alguna camarera dejó entornada distraídamente, exhala un leve quejido. Una mano audaz, sin duda, la empuja, su complicidad con los ojos de algún fauno de americana, que ansian ver lo que más les contenta.

Julia, alarmada, busca amparo en la colcha del lecho. Y pensando si será Juan, el antipático Juan, más feo que Quasimodo, sus mejillas se enrojecen de indignación como amapolas, y el pudor prepara de nuestros en los labios.

—¿Será capaz el muy insolente?

Pero por la puerta que ha ido abriéndose con armonía, ha hecho su aparición una cabeza perfecta como la de Apolo, si el



—Señorita: no la puedo ofrecer á usted riquezas, pero le ofrezco mi apellido, que no es ninguna tontería; me llamo José Navazo.

dios ostentara bigotes. Es la de Ernesto, simpático como él solo el ladino. Y, entonces, Julia, sustituyendo á su indignación con una sonrisa y, anulándose á el pudor con cierta reflexión placera, exclama:

—¡Ah!... ¿Es usted Ernesto? ¡Buen susto me ha dado, demonio!... Creí que era Juan. Pase usted, que entra frío por la puerta...

¶

En la calle. Uno á una:

—¡Oiga usted, so indecente! Si quiere usted tocar, tóquese lo que tenga de hombre. ¡Caramba con el tío! ¿Por quién me ha tomado usted á mí? Eso faltaba á la hija de mi madre.

Y, dando escape al furor que en el pecho de una chulapa puede inflamar su pudor ultrajado, se aleja la interfecta del atrevimiento como un disparo.

Más tarde, se encuentran los mismos en un baile. El, al vislumbrarla, sonrío, y sin abandonar la sonrisa, la invita á bailar. Ella, no ve en ello ningún inconveniente, y acepta, agradecida, inclusive, si ha un rato aguardaba solicitante.

Sus cuerpos, presos de la voluptuosidad de la música, se aprietan satíricamente.

mente. Es inútil advertir que los muslos se acarician mutuamente, produciendo escalofríos que con toda una revolución en regiones ultrasensibles. Y una mano cosquillea en las formas que el pudor defendió en otra ocasión tan épicaamente.

Y si á él se le ocurriera hablar:

—Disimule, hija... ¡Esto es tan estrecho y luego tanta gentel...

Es seguro que ella, con la mayor naturalidad, respondería:

—¡Es verdad!... ¡Y qué se le va á hacer! Hay que dejar espacio también á los demás...

¶

En el banco de un parque.—LA NOVIA.—(Irguiéndose altanera). ¡Daniell! ¡Eso no te lo consientol! ¡Ni una mujer cualquiera!...

EL NOVIO.—¡Mujer, no es para tanto!

LA NOVIA.—¿No es para tanto, cínico? ¡Llegar tu mano, ¡válgame Dios! á mis pechos! ¿No es para tanto?

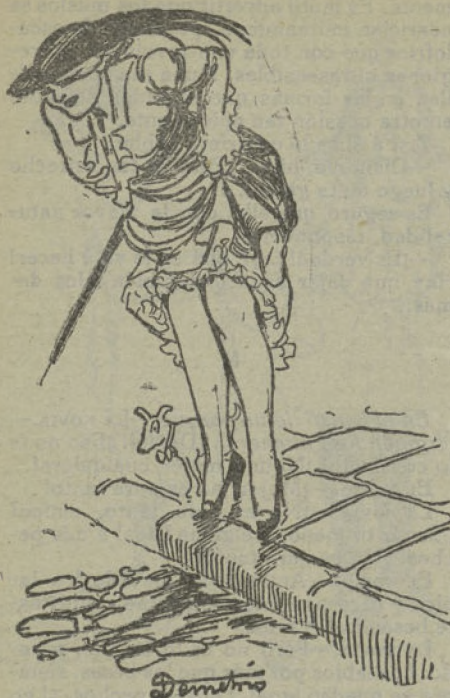
EL NOVIO.—Antes te he besado los labios y tú, espontáneamente, me contestaste besando los míos.

LA NOVIA.—Pero no es lo mismo, pesado. Los labios por más que los beses, siempre se quedan igual. Pero los pechos, si yo



—¡No te acerques que te morderá!

—No, porque como es tan larga tardará mucho en enterarse.



Cómo se recogen las jamonas cuando están bien de pantorrillas.

fuese tonta, ¿tú sabes cómo iban á quedar?...

EL NOVIO (*Convencido y taimado*). ¡Ah! Y este tenor, lectores, las mujeres serán pudorosas como Dorotea ante nosotros, mientras nos juzgue su ánimo antipático, parezcamos á sus ojos ridículo, el favor suplicado deteriore sus gracias, la libertad no se halle al apoyo de una rutina ó la costumbre, y medien, en fin, las infinitas sutilezas que, en ellas peculiares, nos hacen pronunciar como el de un misterio el nombre de mujer.

Emiliano CASANOVA

Leed en EL LIBRO POPULAR
El baile de Panaderos
 novela completa por
 JOAQUIN DICENTA (hijo)

20 céntimos

La perfecta El pobre Pepito ha sido siempre tonto de capirote.
suicida De nada sirve venir al mundo con una *posición social* hecha y un nombre conocido, un título universitario obtenido á fuerza de recomendaciones, una novia *preparada* desde la niñez y dotada espléndidamente, un acta de diputada y una tarjeta de socio del Casino; á pesar de todo esto, se puede ser tan imbécil como lo era Pepito...

❖

—Os digo que he pasado el rato peor de mi vida: no me he encontrado jamás en situación tan apurada, ni siquiera cuando tuve el célebre desafío con Antúnez, que terminó... ya sabéis cómo.

—Sí, almorzando en los Viveros; por



Cómo se recogen las jamonas cuando están bien de pantorrillas.



Cómo se recogen las jamonas cuando están bien de pantorrillas.

cierto que comimos muy mal los seis, padrinos y ahijados.

—Al grano —dijo otro de los presentes; —cuéntanos lo que te ha ocurrido: esa escena trágica que acabas de presenciar y cuyas consecuencias serán terribles, á juzgar por el pulso temblón con que te llevas á los labios la copa de *cognac*, y por los ojos espantados que se te agrandan detrás de los lentes como los de un besugo.

—Pues bien, ya conocéis á Pura...

—Sí, hombre, sí; demasiado —exclamamos á coro.

—Ya sabéis que he tenido la suerte de encontrar en ella el *garbanzo negro* del amor: una mujer verdaderamente enamorada, que olvida su pasado tempestuoso para abandonar entre mis brazos el tesoro de su amor. Pues efecto que á primera vista parece una fortuna, es, sin em-

bargo, una gran desdicha. No podéis imagináros el martirio que supone ser objeto de una verdadera pasión como la que Pura siente por mí. La más leve frase, el más insignificante gesto, hieren profundamente su natural sensible y la conducen á crisis agudísimas de desesperación...

En diferentes ocasiones Pura ha querido atentar contra su vida, costándome verdadero trabajo evitar que lograra sus propósitos. Una vez, viviendo en aquel tercero con entresuelo de la calle Apodaca, intentó arrojar por el balcón, y para impedir nuevos conatos de suicidio hube de cambiar de cuarto y alquilar un entresuelo en la calle de Piamonte...

—¡Magnífica idea!

—Desde entonces no ha intentado matarse por ese medio, pero como su temperamento sigue siendo el mismo, el hecho se repitió en otra forma. Teníamos la costumbre de ir todos los días á dar por el Retiro una vuelta á pie. Una tarde, herida en su susceptibilidad por no recuerdo qué desvío que creyó advertir en mí, soltóse de mi brazo repentinamente y emprendió una carrera desesperada, dirigiéndose al estanque; casi al borde mismo pude sujetarla de las ropas é impedir así una desgracia horrible. Desde entonces, para no tenerla condenada á perpetuo encierro, to-

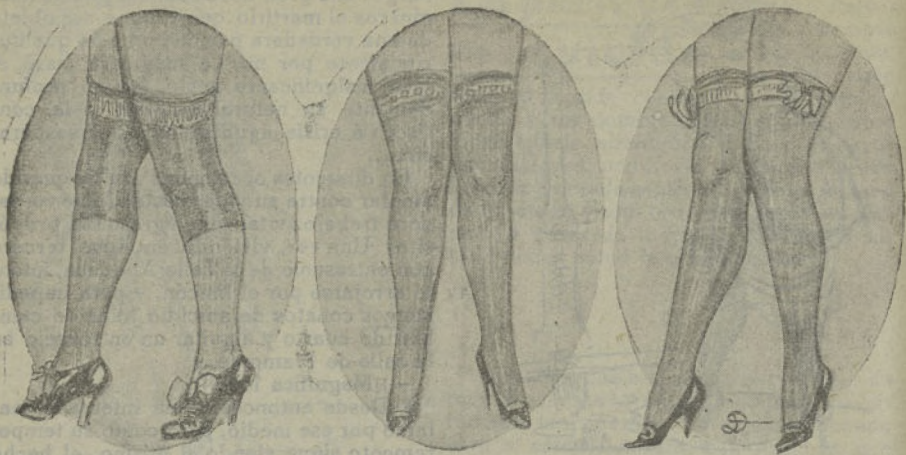
LOS JUEGOS



De salto.

(Continuará).

LAS MUJERES POR EL PANTORRILLAJE



Cómo tienen las piernas de los catorce á los diez y seis años.

mé un abono del Casino y la llevo á pasear siempre en coche.

—¡Soberbia ideal! ¡Como la anterior!

—Y hoy... ¡hoy ha sido ya el colmo de la desesperación! Estuvimos anoche en la cuarta función de Apolo, y en un palco vimos á Trini llamando la atención con el lujo insolente de su traje y el derroche de alhajas que lucía. Llevaba un aderezo de esmeraldas y perlas que era un tesoro. Como es natural, hube de fijarme en ella, asestándola los gemelos varias veces, no porque me llame la atención su guapeza, sino para fijarme bien en lo que llevaba encima. El hecho es que Pura lo notó y como es tan celosa, se retiró del antepalco hecha una Magdalena y fué llorando en el coche hasta que llegamos á casa. Podéis figuraros la escena que luego ocurrió: por mucho que me esforcé en disipar aquellos celos infundados, no logré convencerla. — «¿Tú no me quieres —decía llorando—; á tus ojos cualquier perdida vale más que yo...» Y así sucesivamente. En vano juré que no miraba á Trini porque me gustase, sino por el aderezo que llevaba; y entonces también me echó en cara su modestia y su sencillez. Durante la noche no pude dormir, y esta mañana, desesperado ya, me eché á la calle procurando distraerme y descargar mi espíritu del peso horrible que supone ser víctima de una pasión tan desenfrenada. Cogí la maquinilla instantánea y como ya sabéis que tengo una afición

loca por la fotografía, me he pasado el tiempo sacando vistas de la Moncloa, trayéndome dos docenas de placas preciosísimas para que mañana me las revele el operador de casa, donde tengo montado un laboratorio completo. Cuando llegué ya obscurecido, la doncella me dijo que la señorita había estado todo el día llorando, que no había comido y que hacía un momento acababa de encerrarse en su alcoba después de haber estado sola en el cuarto del laboratorio. Una idea terrible cruzó por mi imaginación, y abalanzándome al dormitorio forcé el débil pestillo de la puerta y entré, sorprendiendo á Pura en el momento en que iba á apurar el contenido de un frasco de cristal, cuya etiqueta, escrita de puño del operador, decía en letras grandes: VENENO. Podéis imaginaros el susto que llevé; faltóme tiempo para vaciar todo el frasco en el cubo del lavabo y acudir en auxilio de Purita, que en aquel instante sufría un fuerte ataque nervioso. Cinco minutos más tarde la hubiese encontrado muerta sobre el lecho...

—Y ¿qué piensas hacer ahora? —le pregunté.

Por toda contestación Pepito sacó del bolsillo un riquísimo estuche de terciopelo, con un aderezo de esmeraldas y perlas preciosísimas...

—Me ha costado —dijo tranquilamente— nueve mil pesetas.

■

Lo más gracioso del caso (y de ello nos enteramos casualmente poco después) fué que el operador de que se servía Pepito, al ir al día siguiente á revelar las placas y encontrarse aquel frasco vacío, no pudo menos de exclamar.

—Pues señor, me han descubierto la martingala: ¿quién se habrá bebido el aguardiente que tenía yo ahí defendido con la etiqueta VENENO?...

Fernando AMADO

Sopitas y buen vino

Carlos V, harto de grandezas, y cada día más apesadumbrado con el peso de la imperial diadema, renunció á su aparatoso papel de señor del mundo y buscó la paz del espíritu y el descanso del cuerpo en el monasterio de Yuste: Don Celedonio Truchuela, cansado de bregar durante ocho lustros detrás del mostrador de una tienda de comestibles, y sintiendo que el blusón de dril crudo le oprimía con ferocidad de tirano, se retiró de los negocios dispuesto á dejar que el resto de su vida se deslizara lo más alegremente posible.

Viudo, sin hijos ni deudos, con sesenta años y cien mil duros de capital, el señor Truchuela creíase autorizado para hacer

todo cuanto le viniera en gana. Hartos sudores pasó para reunir unos ochavos (los ricos cuentan por ochavos), y menguadas fueron las horas de solaz en el dilatado espacio de tiempo que vivió esclavo de la tienda y de su mujer, una doña Benita que sólo vino al mundo para hacer calceta y aburrir á don Celedonio con su carácter antipático de beata gruñona é intransigente.

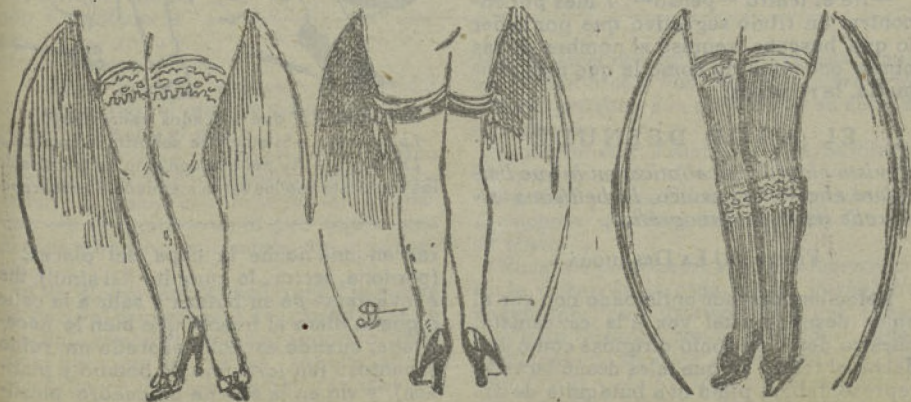
Nuestro señor Truchuela en cuanto traspasó su comercio, y cambió la biusa por el flamante uniforme de burgués admirado, sintió insólito reverdecimiento en su fofa personalidad y ansias irresistibles de ser un émulo de don Juan Tenorio.

Y cata que en la primera noche de su nuevo vivir feliz é independiente, lanzóse á la calle hecho un escarapate de joyero á puro ponerse sortijas, dijes, gemelos, alfiler y cadena, todo relumbrante, fastuoso y llamativo.

Decidió inaugurar solemnemente el cielo de sus aventuras, propinándose una suculenta cena, un banquete como aquellos cuyo *menú* había leído tantas veces en los periódicos haciéndosele la boca agua.

Entróse en un *restaurant* famoso, hízose servir no sé cuántos platos, muchos, se atracó de langostinos á la mayonesa, su manjar predilecto, y shito en demasía, sintiéndose otro hombre, viéndolo todo á través del cristal rosado con que un señor bien comido, bien bebido, y con la cartera henchida de billetes de Banco, debe ver las cosas terrenales, lanzóse á la calle as-

LAS MUJERES POR EL PANTORRILLAJE



Cómo tienen las piernas de los diez y seis á los veinte años.



El marido.—Dibujes muy bien los toros, pero no les pones los cuernos en su sitio.

Ella.—¡Parece mentira que digas eso!

pirando el aromoso humo de un Partagás auténtico.

—¿Y dónde voy ahora? — se dijo don Celedonio con la indecisión propia del que no sabe cómo divertirse.

Felizmente para nuestro hombre, vino á sacarle de su perplejidad una anunciadora, llenas sus hojas de hierro de carteles de espectáculos públicos.

—Iré al teatro —pensó—. Y más por encontrar un título sugestivo que por saber lo que buscaba, requisó el nombre de las obras, encontrando como la que más prometía, la rotulada:

EL AMOR DESNUDO

Revista alegre y sicalíptica, en la que bailará el CANCÁN HERÓICO, la bellísima estrellita del arte coreográfico,

PEPITA (a) LA DESAHOGÁ

Refocilándose por anticipado con ver al amor desnudo y tal vez á la cancanista, nuestro don Celedonio dirigióse como una flecha al teatro en que tales desnudeces se representaban, pidió una butaquita de orquesta al primer revendedor que le salió al paso, y entró en la sala, dispuesto á go-

zar como un bárbaro, (así juzgaba él se divertiría).

Pues señor, que el amigo Truchuela, á pesar de los bailes, de los *couplets* y casi paradisíacas vestiduras conque se presentaban las tiples y las *niñas* del coro, no era dueño de vencer el sopor extraño que la costumbre de acostarse á las diez de la noche y el haberse excedido en la cena, le producian...

Como un patén bostezaba y refregábase los ojos y, ¡como si se refregara las narices! los párpados se le cerraban y sentía en el abdomen algo así como el peso de su adoquin: malhumorado por aquel sueño intempestivo y tan escandalosamente inoportuno en un hombre que quiere apu-



La cocota.—¿Y qué pescados traerás hoy?

La cocinera.—Si quiere la señorita lenguados...

La cocota.—¡Ay no! que con esto de la visita de los franceses me los están metiendo á todo trapo.

rar en una noche la copa del placer, — (perdona, lector, lo cursilíto del símil), iba á levantarse de su butaca y salir á la calle á que le diera el fresco, que bien lo necesitaba, cuando escuchó azorado un ruido espantoso (un *ortísimo* de bombo y platillos), y vió en la escena un cuadro plástico que le hizo abrir los ojos entre admirado y confuso.

Era la apoteosis de la revistita que no tenía gracia, ni ingenio, ni sentido común, pero, lo que es pantorrillas, ¡un derroche! Venus, la Venus tal como nos la pintan los artistas en su nacimiento surgiendo de la espuma del mar, apareció ante don Celedonio que jamás había visto á ninguna hija de Eva tan al fresco... Una veintena de fulanitas que en el traje allá se iban con la diosa, entonaban un cántico lánguido, balanceándose á compás como es de ene que se balancee el coro cuando se trata del mar y de los peces de colores.

Al ver Truchuela tal opoteosis, dió por bien empleado su dinero. Al salir al pasillo de butacas, tropezó inadvertidamente con una señora frescachona y guapa que llevaba una viejecilla al lado.

¡Ay, hijo, qué...! —(bruto iba á decir la del encontronazo); pero, al ver quién era el causante, sus joyas y su rostro abobalicado, se detuvo y substituyó la palabra final con una sonrisa y una mirada que á don Celedonio le produjeron un efecto indescriptible.

—Usted dispense, señora —se atrevió á murmurar casi al oído de la buena moza— ¡es tan estrecho el pasol. .

—¡Cáyese usted, caboyero! ¡Pá chasco que una se fuera á incomodar por tan poca cosa!... Y menos con un señor tan simpático —y esto último se lo dijo bajito, con acento mimoso y mirándole con ojos asesinos.

¡Oh, dioses inmortales! ¡quién le había de decir al sexagenario Truchuela que un inocente encontronazo fuera motivo principal para que los hados, aquella noche propicios en demasía, le hicieran inaugurar tan venturosamente la serie de lances amorosos!

Porque has de saber, lector, que nuestro ciudadano, en vez de tropezar con una señora que le mandara á freir cualquier cosa desagradable, dió con la más servicial, complaciente y desaprensiva mujer, y que la tal, ¡pobre alondra! sintióse atraída irremisiblemente al señuelo de las ricas preesas que lucía don Celedonio.

❖

Lugar de la escena: un gabinetito con un



—Estos novelistas galantes me desesperan; mucho preámbulo para hacer la introducción... y luego nada.

velador en el centro: sobre el velador, restos de fiambres y dos botellas: un armario ropero, próximo á la puerta que se abre á una alcoba.

Protagonistas: Truchuela y la barbiana del encontronazo.

Parte de por medio: la vieja una andaluza ceceosa que lleva retratado en la cara su oficio.

Nuestros personajes charlan alegremente: la dueña de la casa, en un *deshabillé* encantador, se entretiene en jugar como una gata retozona con el ex tendero, que, emocionado, se cree en el mejor de los mundos: la vieja los mira con el rabillo del ojo y rumia, que no come, un pedazo de jamón en dulce.

La dama le cuenta al viejo una historia: se dice huérfana de un *brigadiel* é hija de la Celestina, que, sin pestañear, escucha el cuento.

Truchuela la escucha embelesado. Sería el más feliz de los mortales si no padeciera en el estómago un desasosiego terrible: indudablemente los langostinos le quieren jugar una mala partida.

No obstante, no decae su animación:

EN LA CALLE DE SEVILLA



—¡Ahí sí que hay donde atracarse, Nicéfor!

prevé un inmediato y sabrosísimo final á la aventura.

Los tres comentan con frase picante las escenas del *Amor desnudo*.

Un campanillazo, un feroz campanillezo, interrumpe la regocijada charla: las señoras, azoradísimas, palidecen: don Celedonio experimenta una sensación desagradable, como si de improviso le echaran un jarro de agua fría por las espaldas.

—¡Pacol... —grita la vieja levantándose.

—¡Siempre había de ser esa mala sombrial —murmura con acento de rabia la hija del *brigadiel*.

—Pero, ¿quién es Paco? —pregunta cándidamente Truchuela.

—Mi... novio —tartamudea con angus-

tia la niña, mirando como si buscara algo, en derredor suyo.

—El hombre de ésta —afirma la viejuca; y encarándose con su «hija»—. ¿Y qué hacemos, Loja?...

—¡Abrel... Si no es capaz de armar un escándalo... ¡Veremos qué canción le trae á estas horas aquí!... Usted, *cabayero*, haga el favor de esconderse ahí... ¡ahí dentro!...

Y nerviosa empuja á don Celedonio que, no menos azorado que las dos mujeres, déjase llevar hacia el armario ropero, sin protesta, sin alientos para nada, ni aun para encomendarse á su ángel de la guarda. La fantasía del extendero píntale el lance con los más negros colores y ve ya reproducida su imagen en los periódicos, como la víctima de un horrendo crimen.

Sin saber cómo, se encuentra dentro del armario embutido entre unas faldas que colgaban de los tableros y que despiden insoportable olor á naftalina: atortunadamente, la puerta del mueble no estaba cerrada del todo.

Y oye una voz airada y bronca de hombre que habla á lo chulapón y una voz femenina que replica con dulzura, como im- petrando gracia.

El diálogo le parece inacabable á don Celedonio que, entre el olor á la naftalina y los retortijones de vientre, siente un malestar que va *in crescendo*, encajonado miserablemente, en una casa desconocida, con gente extraña, á las altas horas de la noche, en una situación tan ridícula, que, acaso terminara trágicamente por aquel maldito Paco que había venido á poner zozobras y terrores en donde él pensaba encontrar alegrías y placeres...

Y el diablo continúa ahora en voz baja, como un susurro, y don Celedonio siente se morir y pídele á santa Rita le libre de de aquel mal paso á cambio de no volver nunca jamás á meterse en aventuras galantes... Y hasta piensa que todo esto es justo castigo por su infidelidad á la memoria de su Benita.

■

Al requisar el armario, encontráronse la «hija» y la «esposa» del *brigadiel*, á su huésped, en cuclillas, y pálido como un difunto.

—¿Está usted malo? —pregunta la joven.

—¿Le hago una taza de té? —la vieja.

—No, no, señoras, gracias... Lo que yo necesito es bicarbonato, mucho bicarbo-

nato y largarme ahora mismo á la calle á tomar el fresco.

Ni súplicas cariñosas ni promesas de dulzores de la Circe le hicieron desistir de sus sanos propósitos: aún resonaba en sus oídos el feroz campanillazo.

Además, había hecho un voto á santa Rita: el de huir de aventuras que tan en ridículo ponen á los viejos.

—A casita, y en ella sopitas y buen vino —íbase diciendo el señor de Truchuela, camino de su domicilio.

Alejandro LARRUBIERA

La doméstica —¡Madrugue usted para estol ¡A ver ese chocolate! ¡Gertrudis, Gertrudis!

—¿Pero te has vuelto loco, hombre? ¡Cuántas cosas quieres que haga á un tiempo? ¡Limpiarte las botas, vestir á los chicos, encender la lumbre...

—¡Y hacerme llegar tarde á la oficial!

—¡Ay, Dios mío; qué desgraciada soy! (Llora).

—¡Mil bombas! ¿Y el chocolate?

—¡En la lu... u... umbrel!

—En la lumbre, ¿eh? Vaya, iremos á la cocina. Cuando mi mujer empieza á gimotear yo he de ponerme el mandil... ¡Adiós! ¡ahora sí que la hice! ¡Tiré la chocolatera y rompí dos platos! ¡Gertrudis! ¡Ven, mujer, y sácame unas patatas para freirmelas con tomate; que he vertido!...

—¡Jesús! ¡qué hombre más torpe! ¡cómo me ha puesto la cocinal Así estoy trabajando como una negra para que lo ensucies todo. ¡Ay, Dios mío! ¡qué desgraciada soy! (Vuelve á llorar).

Total, que don Timoteo llegó á las diez á la oficina, después de haber vestido á los chicos y fregado el suelo, y en ayunas por añadidura, mientras la mujer, sentada en un barreño, gemía:

—¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy!

Por eso un día entró don Timoteo victoriosamente acompañado de un mozo de cuerda, sobre el que había colocado un catre de tijera pintado de verde.

—Gertrudis, aquí traigo la tranquilidad de la casa, la felicidad del matrimonio. Dale una peseta al mozo.

Gertrudis soltó la peseta de mala gana y miró con extrañeza á su marido.

—Sí, mujer; este catre es para una criada que he encargado á Alcorcón.

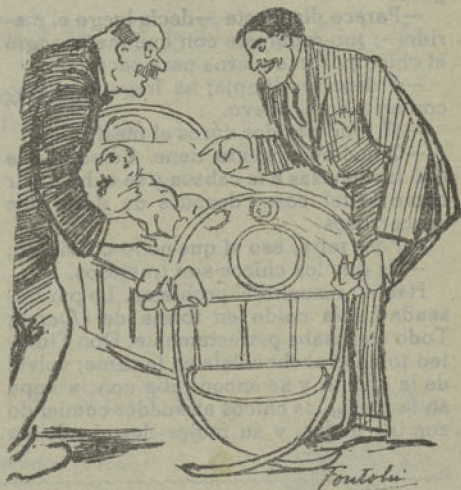
—¡Marido de mi alma! ¡Esposo mío! Y fué á arrojarle en sus brazos; pero tropezó con un chico y cayó sobre una sartén que había en medio de la sala.

—¡Lo que enredan estos diablillos! ¡Mira éste qué cara; se ha comido media caja de betún!

—Ahora seréis buenos; va á venir una criada, y os habréis de portar como niños bien educados,

—¿Nos llevará á paseo, verdad?

PRESENTANDO AL VÁSTAGO



El marido (que es el viejo).—Fíjese usted; ¡es el vivo retrato de su madre!

El amigo.—¡Como que hasta tiene el mismo lunar en la caderita derecha!

—¿Y nos lavará los pies?

—Sí, hijos míos, y la cara, si os dejáis.

—¡Yo no me dejaré!

—¡Yo quiero que me acaben de vestir! Porque aún andaban como se habían levantado, arrastrándose por los ladrillos... Daba gusto verles.

Se colocó el catre en la despensa, única habitación desocupada de la casa, y al día siguiente llegó la *Ugenia*, como ella dijo llamarse.

—¡Gracias á Dios que ha llegado usted! Y los esposos la abrazaron con efusión.

—Usted es la salvación de esta familia! La *Ugenia*, entretanto, besaba á los chicos uno por uno.

Había besado á siete, empezaron á en-

trar más; de manera que cerró los ojos para no marearse.

—¿Vendrá usted dispuesta á trabajar?

—Sí, señoritos; aquí parece que no faltará trabajo.

—¡Quis, hija mía! Aquí todo lo hace mi mujer, y hasta los chicos ayudan.

En aquel momento se oía un estrépito grandísimo.

Robustianín, el hermano número cinco, había roto la tinaja y estaba nadando como un pato al lado del fogón. Así empezó la *Ugenia* sus funciones de doméstica, salvando á Robustiano de un naufragio seguro.

—Parece dispuesta —decía luego el marido—; ¿no reparaste con qué maña cogió al chico por una pierna para sacarle?

—Y debe ser limpia; ha fregado el piso con un mantel nuevo.

—¡Y todo por dos duros al mes!

—Y qué buen genio tiene. Celedonín le tiró las tenazas á la cabeza y se echó á reír como si tal cosa, después de darle dos coscorrones.

—Pues mira, eso sí que no lo consiento.

—Es que los chicos son traviesos.

Habían resuelto el problema. La paz de-seada había caído en forma de *Ugenia*. Todo marchaba perfectamente. Don Timoteo tomaba el chocolate en la cama; volvía de la oficina y se encontraba con la sopa en la mesa, los chicos alrededor comiendo con los dedos, y su mujer durmiendo en

una butaca. La *Ugenia* sirviendo los platos con equidad y relativo aseo. Pero en este mundo la dicha es corta. Un domingo salió de campo el matrimonio feliz, llevando por delante todos los chicos. Quedó la *Ugenia* sola al cuidado de la casa.

Volvieron por la noche, rendidos, deseosos, de coger la cama, después de un día tan agitado.

¡Vana ilusión! ¡Acostarse! Se acostaron, sí; pero en el suelo sobre unas esteras viejas.

¡Se habían encontrado el piso desalquilado por completo! Siempre será un misterio ¡cómo la *Ugenia* pudo improvisar una mudanza con tanta velocidad!

—¡Todo se lo ha llevado, todo! —clamaban los esposos.

—¡Hasta mis zapatillas! —gritaba don Timoteo quitándose las botas—. Si lo llevo á saber dejamos en casa tres ó cuatro vástagos.

—¿Para que se los hubiese llevado?

—¡No lo sé! —contestó el afligido esposo, mesándose el cabello.

Y cayó pesadamente sobre el improvisado lecho de esteras.

José BRISSA

Agentes exclusivos en Sud América
 MASSIP Y PAJARES
 RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

Lea si es usted lector de gusto

HOY

Diario popular de la noche

Director: F. GÓMEZ HIDALGO